

---

---

# La Verdad Religiosa

*Revista mensual.*

---

---

## SERÉIS MIS TESTIGOS...

---

*Et eritis mihi testes in Jerusalem et in omni Judea, et Samaria, et usque ad ultimum terrae. Act. Ap. I, 8.*

*Et nos tantam habentes impositam nubem testium... per patientiam eurramus ad propositum nobis certamen. S. Pab. ad Job. XII, 1.*

### I.

Era ya llegada la hora en que el divino Maestro iba á despedirse de sus discípulos. Grave pesadumbre descubríase en el rostro y en las miradas de todos los circunstantes. El mismo Jesús sentía tristeza al abandonar á sus hijos queridos, amamantados á sus sagrados pechos, educados en la escuela de su amor. Pero era menester dejarlos. Su misión sobre la tierra había terminado. Ahora tocaba á sus discípulos entrar en acción. Una vez que el sacrificio de la Cruz estaba consumado, nada le quedaba por hacer. Su testimonio había sido público, solemne, sellado con sangre, confirmado por milagros. Los que no quisiesen darle fe estaban ya juzgados.

Disponíase, pues, á dar el último abrazo á sus amigos, cuando uno de ellos ansioso y abrumado por el dolor le preguntó: «Señor, ¿restablecerás en este tiempo el reino de Israel?» Penosa impresión hizo en el ánimo de Jesús la pregunta de su discípulo, que era eco de las preocupaciones y pensamientos que embargaban los corazones de casi todos. ¡El que había luchado



toda su vida por despojarlos de aquellos sentimientos, terrenos y materiales, se encuentra ahora que están casi como el primer día en que se hicieron sus discípulos! Por eso, no sin dejos de agrídulce reproche, díjoles estas solemnes palabras, que habían de ser su último y definitivo testamento: «No os toca á vosotros inquirir sobre el curso de los tiempos, que sólo dependen de mi Padre: Más he aquí que recibiréis fortaleza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra».

Dicho lo cual, elevóse el Salvador en presencia de todos, y una nube resplandeciente recibióle en su seno, celando á los extasiados ojos de la muchedumbre la preciosa carga, que se le había confiado.

Pocos días después el divino Espíritu descendió sobre la Iglesia naciente bajo la forma simbólica de lenguas de fuego. Un amor ferviente, audaz con la sagrada audacia de la verdad, celoso por la defensa del objeto amado, enérgico como llama de horno comprimido, un amor, en fin, más fuerte y poderoso que la muerte inundó el alma de los discípulos de Jesús, purificándolos de todas las escorias terrenas y dándoles valor para arrostrar todos los peligros y superar todos los obstáculos que se opusiesen á su testimonio. Aquel glorioso día sintiéronse *testigos* de la verdad, y comenzaron á notificarla en medio de Jerusalén. Poco tiempo después, llenos de ardores divinos, dispersáronse por pueblos y ciudades, salieron de Judea y Samaria, y escuchóse el eco bibrante de su testimonio en todos los ámbitos del mundo. Aun hoy retumba solemne y majestuoso en las regiones más recónditas de tierra. Cumplióse á la letra el dicho del Profeta: «Por toda la tierra se dilató el sonido de su voz y sus palabras llegaron hasta los confines del orbe».

## II.

Los Apóstoles y demás discípulos de Jesús dieron testimonio de lo que habían visto y oído. «Lo que fué desde el principio, dice el evangelista S. Juan, lo que hemos oído y visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, lo que han tocado nuestras manos del



Verbo de la vida; esa vida que se ha manifestado á nosotros, de esa damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos apareció á nosotros. Os anunciamos lo que hemos visto y oído.»

(1) Y en otro lugar: «El que vió esto, da testimonio de que es así y su testimonio es verdadero.» (2) Otro tanto afirma San Pedro: «Nosotros, dice, no os hemos manifestado la virtud y presencia de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas doctas, sino por haber sido testigos de su grandeza» (3).

Tal era, en efecto, la impresión que producían en los oyentes las palabras de los apóstoles. Sentíase al escucharlos que su doctrina no habría sido aprendida en libros ni era fruto de disquisiciones filosóficas ó teológicas. Su verbo cálido, ardiente como llama de volcán, brotaba espontáneo del alma y hería suavemente los corazones. No se descubría en el fácil fluir de aquellas palabras luminosas, preñadas de enseñanzas sublimes, los esfuerzos del raciocinio ni los juegos de la imaginación. Por sus bocas sólo hablaba el testigo ingénuo, incapaz de adulterar ni en un ápice la realidad de los hechos que refería. La predicación apostólica era sencilla, elocuente, sin afectación límpida y transparente como las aguas de una fuente cristalina. La razón de todo esto era porque hablaban de lo que habían visto y oído. De la misma manera que Jesús hablaba de lo que eternamente había contemplado en el seno de su Padre celestial, así sus discípulos hablaban de lo que vieran y escucharan de sus labios.

Aun hoy, después de tantos siglos, experimentamos al leer el Evangelio la misma impresión de espontaneidad, sencillez é *inmediación*, por decirlo así. Los ingénuos relatos de los Evangelistas revelan á hombres que han visto ú oído de un modo inmediato y directo lo que han dejado escrito. No hay en sus palabras ficción ni esfuerzos mentales, no hay adornos de ningún género ni siquiera señales de admiración ó espanto aun cuando refieran algún estupendo prodigio. Esto no es comprensible sino teniendo en cuenta, que

---

(1) I, c. I, v. 1-3.

(2) S. J. XIX, 35.

(3) II, 16.



estaban los escritores sagrados tan familiarizados y embebidos con los sucesos que refieren en sus narraciones que nada les extrañaba. Un escritor no acostumbrado á ver semejantes cosas, se llenaría de entusiasmo y prorrumpiría en acento de admiración.

No hay duda que unos de los motivos de la eficacia de la predicación apostólica, era aquella divina é ingénua naturalidad con que hablaban los primeros heraldos del Evangelio. A un testigo que se expresa de este modo y en el cual no puede notarse artificio ni embuste, se le cree facilísimamente. Aquí está el secreto de la verdadera predicación cristiana, al menos en lo que cabe dentro de los límites naturales.

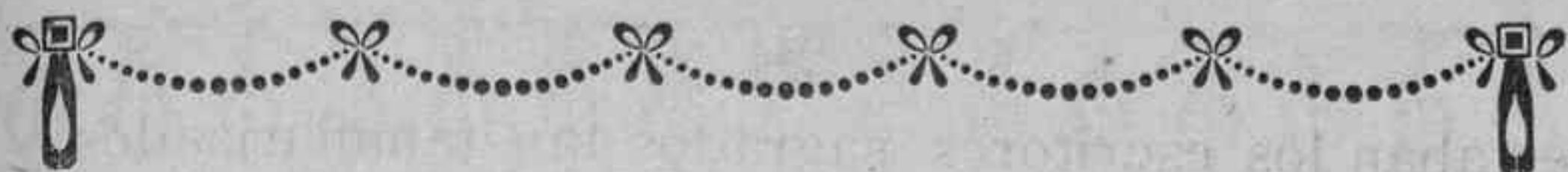
Pero no era este el único ni el más poderoso resorte del testimonio dado por los apóstoles y primeros cristianos en favor del Evangelio. Habría otro más alto y potente, capaz por sí sólo para vencer las más grandes resistencias cuando no procedían estos de una voluntad torcida.

FR. M. GRAÍN, O. P.

*(Se continuará).*







# EL RVMO. P. VALDÉS

---

No sé quién fuese el P. Valdés antes de venir á Salamanca, á no ser por lo que, á raíz de su muerte, nos contaron sus biógrafos. Dicen que era un carácter.

Aquí me pareció, más que todo, un varón bueno. Hosco de lejos, era de cerca, en la intimidad, afectuoso, expansivo, sencillo como un niño. Sentía el dolor de los demás y procuró aliviarlo *en secreto*, como lo recomienda el Evangelio, no buscando los falaces aplausos populares, sino los verdaderos que otorga Dios á las conciencias humildes. En secreto ejecutó muchas virtudes, fijo en Dios á cuya sola bondad fió su recompensa. Como por instinto era modesto.

Era un espíritu culto, sagaz entendedor de los problemas que hoy conmueven el mundo. Tendía á soluciones medias, por intuición quizá más que por discurso. Con un humorismo de buen tono solía él disimular la exquisitez de su saber.

En Salamanca tuvo poquísima salud. Con todo eso, no descuidó sus deberes episcopales. «Orador sobrio y convincente—decía un semanario salmantino, por cierto no muy clerical—supo hablar con elocuencia siempre que fué preciso, y celoso cumplidor de sus deberes apostólicos, cumplíalos en todo momento, evitando la resonancia de sus frases, para que sus obras se acomodasen más al espíritu evangélico que las inspiraba. Y si nunca intentó lo imposible, supo en cada instante realizar lo más oportuno, aplicando los procedimientos de una sabia política á las conveniencias y necesidades de la fe».

En los dos años últimos era ya un cadáver. Era una lástima verle, como estaba, abatido, triste, sufriendo el peso incomportable de un lento morir. Verdad es que, según iba disolviéndose su cuerpo, iba fortaleciéndose su espíritu de fe, de esperanza, de amor á las promesas de Cristo. Pues no desmayó nunca el P. Valdés: sufría como un mártir el mal que le acabó en Bussot.

Su muerte fué ejemplar, como lo fué su vida.

¡Descanse en paz el ilustre P. Valdés!

FR. MATÍAS GARCÍA.





## Fragmentos de "La Cristiada,, del P. Fr. Diego de Ojeda.

### LA MUERTE DE JESÚS

Estaba el Sol entonces coronado,  
de largas puntas de diamantes finos  
y, en medio de su curso levantado,  
los montes abrazaba palestinos.  
Miguel, viendo á su Dios crucificado,  
desnudo ante los bárbaros indinos,  
con hidalga vergüenza y noble celo  
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo.

Y á los fuertes caballos rutilantes  
que echaban fuego por las bocas de oro,  
las ruedas volteando corruscantes  
que dan al mundo nuevo gran tesoro;  
los encendidos frenos radiantes,  
sin guardar al Planeta más decoro,  
asíó con la una mano valerosa,  
y con otra la máquina espantosa.

Y, el carro así parado, alzó los ojos  
al Sol que con mil ojos le miraba,  
y fulminando por la vista enojos  
el fin de sus intentos aguardaba;  
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,  
con voz le dijo resonante y brava,  
increpando al planeta bravamente,  
porque daba su luz resplandeciente:

«¿Es posible, inmortal, noble criatura,  
que miras á tu Dios en cruz desnudo,  
y ofreces luz á aquella gente dura  
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?  
Cubre tu clara paz de noche oscura



con razón y con verdad sañudo,  
devate el mundo así sus gruesas nieblas,  
y á su Criador conozca en tus tinieblas».

Dijo, y el sol avergonzado luego,  
sus rayos en si propio recogidos  
negó su bella lumbre al mundo ciego  
por dejar á los hombres confundidos:  
espantóse el romano, admiró el griego,  
ambos en esta ciencia esclarecidos,  
ver un eclipse tal, y el crudo ebreo  
se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece  
ni la luz sirve, ni aprovecha el día  
para que el hombre ciego no tropiece  
y ciego se despeñe en su porfia:  
ni el quitarle la luz más luz ofrece  
que quién bañado en luz la luz no vía.  
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?  
Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Bajó después Miguel triste al Calvario.  
con su escuadrón de ardientes serafines  
do temblaba Luzbel, su gran contrario,  
con otro que lo fué de querubines;  
y estuvo allí asistiendo al santuario  
de Dios con sus trompetas y clarines,  
tambores destemplados y banderas  
y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba, el Rey sagrado  
ardiendo el corazón, secas las venas,  
y por las cuatro llagas desangrado,  
fuentes de nuestra gloria y de sus penas,  
con sed del cuerpo y almas abrasado,  
pero con luces claras y serenas,  
«sed tengo», dijo, y con feroz denuedo  
uno á beber le dió vinagre acedo...

Habiendo, pues, probado el Rey eterno  
la esponja de vinagre, dijo al punto,  
y díjole con paz y gozo interno,  
por haber ya venido al postrer punto:  
«Acabóse». Y con rostro humilde y tierno,  
grave en aspecto y en color difunto,  
mirando al cielo y á su Padre Santo,  
quiso dar fin á su divino canto.



La tierra que á los fieros insolentes sustentaba, sudando al grave peso, y gimiendo con ansias vehementes, comprimida esperaba el gran suceso: mudó el mar sus menguantes y crecientes soberbias, detenidas al exceso singular del espanto jamás visto; servía con un pasmo sordo á Cristo.

Los cuatro vientos en sus hondas cueva, como apretada esponja en fuerte mano pedían oprimidos fuerzas nuevas dejando sin aliento al verde llano: y el fuego helado daba ilustres pruebas de temor y obediencia al Dios humano, y el sol, sin luz mirándose, temía que en muriendo su Dios él moriría.

Cuando llegó la muerte, de sagrada estola revestida y admirable y santo resplandor y luz bañada, al mismo Dios, con ser quien es, amable, pero humilde llegó, y arrodillada, y pidiendo á la vida inconmutable licencia para entrar; y recibida, al Hombre Dios entró y quitó la vida.

Así murió diciendo: «¡Oh, Padre mío! en tus manos mi espíritu encomiendo.» y con tan grande fuerza y tanto brío, voz tan alta y gemido tan tremendo, que mostró bien su eterno señorío sobre la propia muerte, así muriendo; y el alma despidió y dejó suave su cabeza inclinada al pecho grave.

Cual repentino y espantoso trueno toca el oído y hiere juntamente la vista perspicaz de lleno en lleno, y aun antes, el relámpago luciente, y abrasa la cabeza y arde el seno del hombre al mismo punto el rayo ardiente, sin que prevenga el último desmayo, que el trueno da, el relámpago y el rayo;

Tal es de Cristo la voz maravillosa, cual trueno y cual relámpago su vista, y como el rayo el alma poderosa,



sin encontrar poder que le resista,  
hiere de la canalla poderosa  
y hiriéndola acaba la conquista,  
oídos, ojos, y cabeza y seno,  
sin ver rayo, relámpago, ni trueno.

Y Lucifer, volviendo las espaldas,  
huye con los vencidos escuadrones:  
iba Miguel pisándole las faldas  
con parte de las ínclitas legiones;  
éstos ya van ceñidos de guirnaldas,  
y tremolando alegres los pendones;  
y esotros, los cabellos erizados,  
cobardes, confundidos, asombrados...

Los ángeles también que en tierra y cielo,  
aire y mar esperaban obedientes,  
en muriendo su Dios, con vivo celo  
efectos mil hicieron diferentes:  
uno del templo antiguo el sacro velo  
presto rompió con fuerzas vehementes  
en dos partes de arriba hasta abajo  
con sentimiento, más que con trabajo.

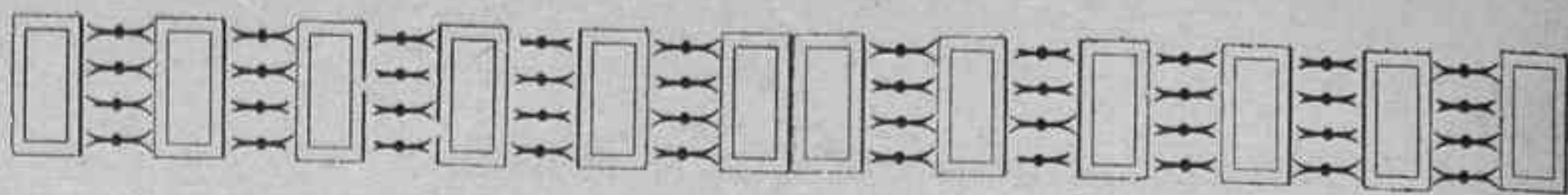
Y por la fortaleza valerosa,  
y virtud de los astros admirable  
se estremeció la tierra temerosa,  
con furor sacudiéndose espantable;  
y el mar pasó la raya rigurosa  
que Dios le puso, y bravo y formidable,  
con los bramidos atronaba el cielo  
y con las hondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros  
calabozos rugiendo se arrojaron,  
y levantando torres y altos muros,  
y enhiestos graves montes derribaron;  
unos con otros los peñascos duros  
y las menudas piedras se encontraron,  
y á golpes sacudidas se partieron:  
¡tanto la muerte de su Dios sintieron!

P. OJEDA.







## Un noble educado para el cadalso.

En una de las más importantes ciudades de España, cuyo nombre se omite por causa muy conocida, fué condenado á la última pena, el hijo mayor de una noble y opulenta familia.

Hallándose ya el desventurado jóven en capilla, pidió confesarse, y lo verificó lleno de arrepentimiento y sincero dolor con un respetable Padre de la Compañía de Jesús. Terminada la confesión le suplicó el reo hiciese venir á su padre á la cárcel para que le perdonase, y le trajera al propio tiempo el perdón de su madre. Hízolo así el P. Jesuíta, costándole no poco trabajo que el padre de aquél infeliz accediera á los deseos de su hijo; el fin fué á la cárcel.

Apenas le vió aquel jóven se echó á los piés del padre y le pidió le perdonase y que lo hiciese así mismo en nombre de su madre. Conmovido profundamente el padre, concedió ambos perdones al hijo, abrazándole con ternura; entonces, levantándose éste, dijo:

—Ahora, padre, le perdono yo el mal que V. me ha hecho.

—¿Qué mal te he hecho, hijo mío?—respondió confuso.

—¿Se acuerda V., padre, de aquel día en que al salir de la iglesia me arrancó V. del cuello la medalla, diciéndome: *deja esas cosas, que son beaterías de tu madre?*

¿No recuerda V., añadió, cuando por primera vez me insolenté con los criados, que me dijo: *haces bien, eres el amo y puedes tratarlos como quieras?*

¿Acaso ha olvidado V. que por las primeras malas notas que traje del colegio, fuí reprendido por mi madre, y V. le dijo: *déjale, es rico, y no necesita trabajar?*

¿Se acuerda de aquel día que por vez primera le quité á usted una peseta para jugar, lo supo mi madre, me encerró por castigo, y V. me sacó, y poniéndome en la mano una onza de oro, me dijo: *toma hijo mío, que el dinero es para gozar?*



Pues cuando perdí la fe, aborrecí el trabajo, de resulta me faltó el dinero, y jugué para adquirirlo; perdí, y robé para jugar; luego asesiné, y mañana subo al patíbulo, manchando la nobleza de nuestro apellido con indeleble borrón. Dios le perdone ¡oh padre! como yo le perdono.

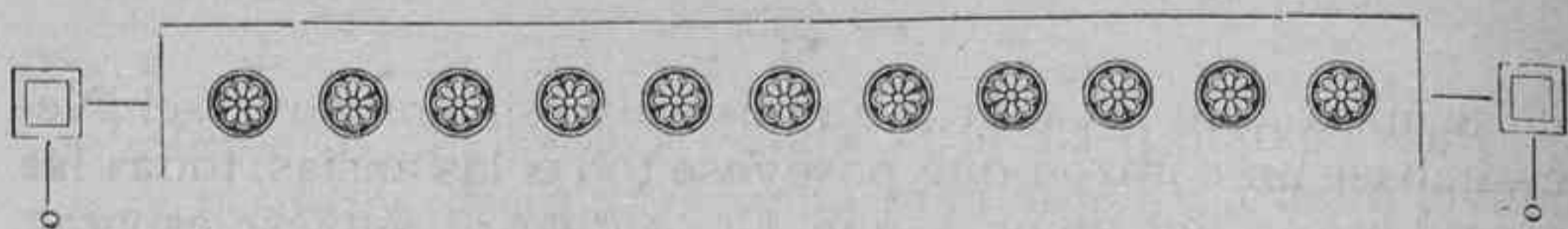
Al oír tan terrible relato, cayó el padre al suelo desmayado de dolor, exclamando:

—¡Qué horror!, ¡qué horror!, ser yo mismo el asesino moral de mi hijo.

(Del *Educador Contemporáneo*).







# LA ANUNCIACION

---

Aquella frase ¡la virtud es un vano nombre!, que Bruto dijo un día en Filipos, había encontrado eco en todos los corazones, y hecho del mundo gentílico teatro de los crímenes más horrendos, y de las depravaciones más repugnantes; Grecia pluebla á su Olimpo de dioses hechos á imagen y semejanza del hombre, con todos sus vicios y pasiones, y Roma, la señora de los mundos, eleva á la categoría de dioses á Césares corrompidos y sanguinarios; la superstición, el egoismo, el fausto y la molicie habían ahogado todo sentimiento noble y elevado y sumido á la sociedad en el fango de la corrupción y del envilecimiento; «las más insignes matronas rivalizaban, dice un escritor, no sólo en lujo y hermosura, sino también en impudicia, en intrigas y seducciones; el divorcio era la fórmula establecida para rehuir las más ligeras molestias y satisfacer los más livianos antojos; los escritores romanos describen las infamias del hogar, y la mortificante escena del esclavo que se presentaba á su señora del día anterior para decirle que no era ni aún esclava como él; la violencia, el puñal y el veneno no perdonaban ni á los hijos, ni á las madres, ni á las esposas; las más recatadas doncellas leían con avidez las sátiras más picantes y los más lascivos epigramas; las madres asistían con sus hijas á las fiestas de Venus, á las danzas de Flora y á los vergozosos deleites de los «Supercales»; la humanidad gemía, sentada, según frase de la Escritura, en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

¿Quién podía salvar al mundo de tan espantosa depravación, de tan horripilante envilecimiento? ¿quién podía levantar y curar la humanidad culpable, la humanidad caída, la humanidad enferma de cuerpo y de alma? Sólo un sér, el más tierno, el más desprendido, el más perseverante y magnánimo. «¡Necesitábase sí, como dice un ilustre apologista, un corazón que poseyese toda sensibilidad, para que no pudiese ver una lágrima sin quebrarse de ternura! ¡Necesitábase un corazón que poseyese toda pureza, y que, no obstante, no pu-



diese mirar á un pecador, á un miserable sin conmoverse! ¡Necesitábase un corazón que poseyese todas las ansias, todas las santas prisas del amor, y que, sin embargo, supiese esperar; dichoso sí, después de haber esperado veinte, treinta años, lograba salvar una sola alma! ¡Necesitábase un corazón que nada bastase á detenerlo; ni las indiferencias, ni las rebeliones, ni las traiciones; que se animase al contrario con las ingrati- tudes, y que, abandonado, despreciado, escupido por aquellos á quienes más amó, no sintiese más que una necesidad, la de amarlos todavía!... ¡Necesitábase un corazón que, después de haberlo dado todo, gimiese por no poder dar más, soñase con sobrevivir en el amor, y encontrase inenarrables indus- trias para amar perdurablemente: en todo tiempo, en todo lu- gar, á todos los hombres y hasta la terminación del mundo! Y ese sér, y ese corazón que necesitaba el mundo para su sal- vación, era Jesucristo, fuente de sabiduría y amor, el único que podía redimir la humanidad de la ignominiosa esclavitud del pecado, rectificando los conceptos del dogma, reivindi- cando los derechos de la moral, anatematizando el antago- nismo de clases, haciendo de la sociedad una sola familia, y sustituyendo la caridad al egoísmo y la humildad al orgullo.

Per fortuna, las setenta semanas de Daniel tocaban á su término; en el reloj de tiempos iba á sonar la hora anunciada por los profetas; la humanidad toda clamaba por el libertador de Israel: «¡Oh, Señor, mostradnos vuestra faz! ¡Venid, Se- ñor, no tardéis!» «¡Volveos, volveos, clamábale: mostradnos vuestra faz y seremos salvos;» y Dios oyó los gritos que la humanidad le dirigía, y esos gritos cayeron en el corazón de una Virgen idealmente pura, consumida por Dios en un amor que excedía á todos los amores; y por esta Virgen, su hija, la humanidad atrajo á Dios sobre la tierra; en ella y por ella, se cumplió el dicho del Profeta: *Aperiatur terra et Ager- minem Salvatorem!*

Precisamente, cuando el mundo parecía más envilecido, entregándose á toda clase de orgías, el velo del cielo se des- corre, y un ángel del Señor tiende su vuelo hacia la baja Ga- lilea; se cierne sobre la pintoresca ciudad de Nazaret y pene- tra en la humilde morada de Joaquín y Ana para anunciar á María que ha sido elegida Madre del Salvador. Entre esta graciosa niña y ángel se entabla el diálogo más interesante que ha escuchado la tierra. «Dios te salve, la dice, inclinando su frente esplendorosa. Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres.» María,



al oír tales palabras, se turba, ya porque se alarmase su virginal pudor con la presencia del parainfo, ya porque se resistiese su humildad ante tan excelsos é inesperados elogios; más el ángel, se apresura á tranquilizarla diciendo: «No temas ¡Oh María! porque has hallado gracia delante de Dios. Concibirás y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y llamado hijo del Altísimo. El Señor le dará el trono de su padre David; reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.» La Virgen, cada vez más sorprendida por las palabras del ángel y no acertando á conciliar el título de Madre con el voto de perpetua virginidad que tenía hecho al Señor, repuso sencillamente: «¿Cómo es posible esto, cuando no conozco varón? y resuelta á no perder su virginidad, permanece inmóvil ante la seductora promesa del ángel, que la anunciaba la grandeza más augusta á que pudiera aspirar mujer alguna: y para que se decidiese aceptaran encumbrada dignidad, fué preciso que Gabriel la dijera, que todo sería obra del cielo. «El espíritu Santo, la dice, descenderá sobre tí; la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y el fruto bendito que de tí ha de nacer, será llamado hijo de Dios», y para prueba de su palabra, añade: «Ahí tienes á tu prima Isabel que era tenida por estéril y ha concebido un hijo en su vejez: porque nada hay imposible para Dios.» María, entonces, acatando los decretos del cielo, inclina humildemente su frente, y cayendo de rodillas, exclama: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*: he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tú palabra. En aquel instante el ángel desapareció, la tierra saltó de júbilo y los cielos se regocijaron; las promesas de Dios se habían cumplido, los designios eternos acababan de realizarse, los votos de los siglos eran satisfechos.

¡Oh profundísima economía de la misteriosa escena que hoy se desarrolla en una humilde vivienda de Nazaret! Un acto de la inteligencia divina es bastante para engendrar al verbo en el seno del Padre; un fiat del Artífice supremo es suficiente para crear todas las cosas; un «hagamos» de la Trinidad Beatísima hizo salir de la nada á nuestro primer ascendiente; más para que Jesucristo fuese, para que Dios se hiciese hombre, fué menester la cooperación de María, el fiat mihi secundum verbum tuum brotada de los labios de una doncella angelical, que apenas nacida, ve en todas las cosas del mundo vanidad, ilusión, engaño, peligros y lazos, y dando un adiós á la patria, á Nazaret, y al mundo, se desprende de los



trozos de sus ancianos padres para ocultarse entre las silenciosas y augustas sombras del gran templo de Jerusalén, donde no tiene otra compañía que la de algunas doncellas, ni otro alimento que el pan de cebada, ni otro recreo que la oración, ni otro vestido que la lona grosera; ni otra distracción que el trabajo de las manos, ni otra música que el canto grave de los sacerdotes.

Miltón nos presenta al Eterno Padre preguntando á los espíritus angélicos si hay entre ellos alguno que quiera ofrecerse á redimir al mundo; y á la voz de Dios nadie responde; todos permanecen mudos, y entre tantos millares de ángeles y arcángeles, serafines y querubines, tronos, potestades y dominaciones, no hay ni uno solo que se crea con fuerzas suficientes para llevar á cabo tan inmenso sacrificio. Y es que para llevar á cabo tan heróico sacrificio, para borrar la iniquidad, para cargar con los pecados del mundo, para reconciliar la criatura con el Criador, no bastaba una substancia angélica, era menester que el Verbo eterno, resplandor de la gloria del padre y figura de su substancia, se humillase hasta tomar carne en el seno de una Virgen sin mancha, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

¡Maravillosa antítesis la que tiene lugar junto al árbol de la vida y en la morada de la Virgen! En uno el ángel de las tinieblas, transformado en serpiente, seduce á Eva, y ésta alarga á su esposo el fruto del árbol prohibido, y Adán se precipita y nos precipita á todos en el abismo del pecado, por la ley misteriosa como real de la solidaridad; y en la otra un ángel del Señor anuncia á María que el Espíritu Santo descenderá sobre ella y concebirá un niño que se llamará Jesús; y María inclinando su frente, exclama: «He aquí la esclava del Señor; Hágase en mí según tu palabra.»

Contemplemos detenidamente este adorable misterio, y de él aprenderemos, no á ensoberbecernos, no á hincharnos, no á mirarnos con ensimismamiento, cual Narciso en el cristal de las fuentes, llegando á decir con los ángeles rebeldes: ¡non serviam!; sino á humillarnos hasta el polvo de la tierra, exclamando con María: fiat mihi secundum verbum tuum.

FR. M. CORDERO.







# MISCELÁNEA

---

**El sueño.**—El sueño es para algunos un soberano placer, y para todos una necesidad irresistible que impera sobre todos los animales. Durante el sueño varias funciones se interrumpen, otras menguan y otras se acentúan, como ocurre en la nutrición orgánica, el mecanismo por el cual el alimento se asimila y se convierte en músculo, sangre, etc. Esta función es mayor durante el sueño que en estado de vigilia, mientras las funciones intelectivas se apagan ó disminuyen de intensidad hasta llegar á la inconsciencia.

La mayor actividad de la asimilación en el sueño explica el porqué de su acción restauradora. Esta actividad es favorita de la posición de los durmientes. Así, el dormir sobre el lado derecho impidiendo al hígado que pese sobre el estómago, facilita el curso de los alimentos y concede mayor libertad de movimiento al corazón.

La asimilación además necesita una enérgica circulación de la sangre, y decreciendo como decrece durante el sueño, se comprende que la primera se realice bien y sea suficiente, cuando del comer al dormir haya transcurrido algún tiempo y la función digestiva esté adelantada. Además, aunque esté muy separado el mecanismo asimilador no basta á digerir bien la gran cantidad de alimento depositada en el estómago; de aquí la necesidad de que después de la comida no nos abandonemos en seguida en brazos de Morfeo.

Otra influencia benéfica ejerce aún el sueño: permitir al organismo restaurar las pérdidas de energía nerviosa (pensamiento) y de energía muscular (trabajo), mientras durante el mismo no están en función una ú otra de esas energías. Con esto se comprenderá que la higiene del dormir se equilibra entre dos excesos: el exceso de la vigilia que da con el excesivo trabajo mental y material, el agotamiento y demacración,



y el exceso de dormir que produce la inercia tanto física como moral.

**¿Es peligroso el apretón de manos de un tuberculoso?**—Según el doctor Graziani sería prudente evitar este contacto, habiendo hecho para su estudio experimentos curiosísimos.

A un enfermo con lesiones tuberculosas, le hace lavar las manos con agua pura privada de antemano de toda clase microbios, mediante esterilización.

Centrifuga esta agua en la que el enfermo se ha lavado las manos, para reconcentrar los microbios que hayan podido quedar en ella, y luego hace una inyección con todas precauciones asépticas, á un conejillo de Indias. De ocho veces, cuatro han muerto tuberculosos los conejillos.

De esto se sacan en consecuencia que en las manos de los tuberculosos existen siempre bacilos que son los causantes de la enfermedad.

Finalmente, Mr. Graziani ha hecho pruebas para indagar si la tuberculosis podía transmitirse de mano á mano por un simple apretón dado á un tísico.

Habiendo esterilizado su mano, la tendió á un tuberculoso, con el cual cambió el apretón de manos de costumbre y de duración corrientes. Luego comprobó en el agua con que se lavó sus manos la presencia de los bacilos de Koch.

De seis experiencias de este género, dos en que fué inyectada el agua del lavado, produjo la tuberculosis á los conejillos, demostrándose de este modo que un simple apretón de manos, puede fácilmente transmitir el bacilo, con toda su virulencia, de un hombre enfermo á un hombre sano.

**Un huevo de Pascua.**—*Episodio de la commune.*—Durante las fiestas de Pascua del lúgubre año de 1871 en París, en que todos los días de fiesta eran días de luto, una mujer de alguna edad, vestida de luto de pies á cabeza, de mejillas enjustas y ojos enrojecidos por las lágrimas se presentaba ante las puertas de la cárcel de Mazas y solicitaba hablar con Monseñor Darboy. El hombre á quien se dirigió la mira de arriba abajo y le dijo:

—¿Hablar al clerizonte? ¿No sabes que está prohibido hablar con esa gente?

—¡Oh! Os lo suplico Soy una desgraciada mujer á quien monseñor ha socorrido muchas veces. ¿Me permitiréis verlo?

—De ninguna manera, y tengo consejo que darte: que no pronuncies en alta voz ese nombre. Podrían encarcelarte.

—¿Pues que ha hecho?



—Vamos, basta, márchate: no has tenido poca suerte en tropezar conmigo.

La mujer retrocedió lentamente enjugando sus lágrimas. Después se acercó al carcelero, y le dijo:

—¿No podréis á lo menos entregarle esto de mi parte? Si teneis hijos hacedlo en nombre de ellos y os encomendaré á Dios.

—Te dispenso de rezos; pero veamos que es eso.

La mujer sacó de su bolsillo un huevo encarnado.

—¿Un huevo de pascua? ¡Ah! ¡Qué bien poco se conoce que estamos en ella! ¿No es verdad ciudadana?

Y sonrió irónicamente.

—¿Me prometéis entregárselo? —murmuró la mujer.

—Es cosa fácil; quiero hacerlo por tí, porque me parece has sufrido mucho.

Tomó el don de la pobre mujer, y habiéndose esta alejado, la puerta se abrió bruscamente. Un hombre de uniforme con las mangas y el kepis galoneado de oro entró en la habitación.

—¿Que hay de nuevo?—dijo brutalmente.

—Nada coronel. Han traído esto para el que se llama Darboy.

—Está bien: dámelo. Y cogiendo el huevo lo metió en el bolsillo.

En la noche de aquel mismo día tenía lugar un gran festín en una casa del barrio de San Honorato, y á él había concurrido casi toda la oficialidad de gobierno de 18 de Marzo. La mesa estaba espléndidamente servida, y cubiertos de plata brillaban sobre blanquísimo mantel. Eran las diez y la comida estaba para terminarse. Entre los convidados se hallaba el flamante coronel de la cárcel de Mazas. La conversación, muy animada, versaba sobre la guerra, para insultar á los generales y sobre la religión para burlarse de ella.

—Es necesario que cuente—dijo el coronel—una historia muy divertida. Ya sabéis que estamos en Pascua, y esta mañana he hecho en la cárcel una presa.... que no será fácil adivinéis. Un huevo de Pascua que una vieja loca quería dar al ciudadano Darboy.

Y sacando el huevo de su bolsillo, lo hizo rodar sobre la mesa.

Tomólo uno de los convidados y dijo:

—Vamos á ver que hay dentro. Lo pondremos después en ensalada, que un huevo bendito no puede hacernos daño.



— Apostemos á que hay algún rosario—dijo uno.

— Apostemos á que hay medallas—dijo el otro.

Y partiendo el huevo en dos mitades, salió de él un pape-  
lito plegado en cuatro dobleces.

—¡Hola!—dijo uno—esto tiene trazas de una conspira-  
ción.

—Léase en alta voz—gritaron muchos convidados.

El papel contenía las siguientes líneas.

« Monseñor:

«No pudiendo veros, uso esta stratagemas, para manifes-  
taros mi viva gratitud. Sin vuestro auxilio, sin los socorros  
que me habéis enviado; mis dos hijos, ha mucho tiempo en-  
fermos, hubieran muerto. La carestía de víveres hubiera sido  
causa de su muerte. Han experimentado algún alivio y soli-  
citan vuestra bendición. Todos los días á las dos de la tarde  
los conduciré ante los muros de la cárcel: extended los bra-  
zos hacia ellos y por segunda vez les daréis la vida, como  
también á su desgraciada madre».

Estrepitosas carcajadas interrumpieron la lectura.

—¡Bah! La conspiración no es peligrosa.

—¿Está firmada la carta?—preguntó uno.

— ¡Lástima sería no conocer el nombre de esta ciudadana!

—Si si, dijo el que tenía el papel.—Esperad.... es difícil  
leer el nombre.... Clemencia....

Todos miraron al coronel que había traído el huevo. Es-  
taba horriblemente pálido.

—¿Clemencia?—balbuceó;— ¡pero si es mi madre! Mi ma-  
dre, que he dejado sin pan. ¡Oh! Soy un miserable!

Se levantó y salió precipitadamente de la sala, dejando á  
sus compañeros vivamente impresionados.

¿Qué fué del coronel? ¿Pereció quizás obscuramente en la  
esquina de una calle confundido con los millares de cadáve-  
res que llenaban las aceras cuando entraron los soldados pru-  
sianos? Su nombre no ha figurado ni en los consejos de gue-  
rra, ni entre los proscriptos en tierra extranjera.

Sólo se sabe que momentos antes de ser fusilado Monse-  
ñor Darboy, un hombre con el uniforme hecho pedazos, cayó  
de rodillas á sus pies y dijo:

—Monseñor, voy á morir, dadme vuestra bendición como  
la dísteis á mis hermanos.







## SECCION DE NOTICIAS

---

**Cultos en San Esteban.**—En desagravio de tanto como en los días de Carnaval se ofende á Dios nuestro Señor, celébrase en la Iglesia de San Esteban, el acostumbrado Tríduo con exposición del Santísimo Sacramento desde la mañana hasta la tarde. Los sermones los predicó el M. R. P. Alfredo Fanjul, el cual escogió y desarrolló con profunda sabiduría y elocuencia, apropiados temas.

El miércoles de Ceniza, después del sermón predicado por el mismo orador, tuvo lugar la tradicional procesión de la *buena muerte*.

Todos los domingos de Cuaresma á las cuatro de la tarde, hay rosario, plática moral y sermón sobre el Evangelio del día. Las pláticas están á cargo del R. P. Emilio Colunga, los sermones los pronuncia el M. R. P. Alfredo Fanjul, Prior de San Esteban.

**En Macotera.**—Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro hermano de hábito, conocido ya en Salamanca por sus notas oratorias, el R. P. Daniel Avellanosa, el cual desde el Convento de Palencia, fué llamado á predicar toda la Cuaresma al piadoso pueblo de Macotera.

**El día San José.**—Debemos comunicar á nuestros lectores, que por disposición de la Santa Sede, el día de San José, no hay obligación de ayunar y pueden comerse carnes; únicamente está prohibido el promiscuar.

**Nueva Revista.**—Los PP. Escolapios se proponen editar una nueva Revista con el título: *Revista Calasancia* (2.<sup>a</sup> época). Como fruto de una Orden docente, la nueva publicación, será principalmente *pedagógica*: «y en esa primera sección se publicarán trabajos de fondo, sobre las múltiples ramas de la enseñanza y educación, desde la escuela del hogar, hasta lo más boyantes y discutidos sistemas de la Paidología; desde la sencilla é imprescindible Catequesis de la Escuela Parroquial, hasta las obras de texto de los Centros oficiales.»



Tendrá también otras secciones de *Ciencias*, de *Literatura* y *Actualidades*.

La Revista será mensual en folletos de unas cien páginas; su precio es de diez pesetas para España (en el extranjero quince).

Dirección: Escuelas Pías de San Antón. Administración: Escuelas Pías de San Fernando. Madrid.

**La Asociación de San Rafael.**—A imitación de Alemania, Bélgica, Francia é Italia, se ha puesto la primera piedra para fundar en España la Asociación de San Rafael con el fin de favorecer á los emigrantes. Trabajará la Asociación por disuadir de la emigración á los que no estén absolutamente resueltos á emigrar, y á los emigrantes procurará protegerles en lo posible á la salida, en el trayecto, á la llegada y aun durante la estancia en las Repúblicas americanas, especialmente en la Argentina; cuidando también de facilitar su repatriación.

**Cruzada de la modestia cristiana.**—Autorizada y bendecida por el Emmo. Cardenal Primado y por el Obispo de Madrid de Madrid-Alcalá y merced al apoyo de las Hijas de María, se ha inaugurado en Madrid, la primera casa para la moralidad de las modas de la Cruzada de la modestia cristiana.

En todos los modelos queda desterrado lo inconveniente é indecoroso sin perjudicar, antes realzando y en beneficio de la elegancia y estética en el modo de vestir.

Es de esperar que los esfuerzos realizados en pró de la sencillez y decencia de los vestidos hagan desaparecer por completo las modas extrambóticas é inmorales.

**El Gobierno Búlgaro y el Catolicismo.**—El Presidente del Consejo de Ministros de Bulgaria, M. Ivan Guechov, ha hecho las siguientes declaraciones en una entrevista tenida con un redactor de *La Croix*: La Religión católica es y seguirá siendo seguramente reconocida en todas sus libertades en la nueva Gran Bulgaria, como lo ha sido hasta aquí, en virtud de la misma constitución del país.

Los católicos, tanto de rito griego como de rito latino, tienen su jerarquía organizada y reconocida; y si fuera preciso introducir alguna modificación respecto del número y circunscripción de las diócesis, esa modificación no se hará sino de acuerdo con la autoridad competente, según las leyes.

Las instituciones de fundación católica, así como las obras



escolares ó de caridad, serán respetadas en lo sucesivo como hasta aquí.»

**Descaro bien correspondido.**—Los masones de la República Argentina, que ascienden á unos cuatro mil quinientos, han tenido el descaro de pedir el reconocimiento oficial de su secta. El Gobierno exigió prudentemente examinar el reglamento por el que se rigen las logias y después de bien revisado rehusó acceder á las exigencias de los masones alegando las razones siguientes: «Esta asociación en nada contribuye al bien común de la República, sinó que promueve exclusivamente los mezquinos intereses de sus afiliados con perjuicio de los ciudadanos en general. Obliga á sus socios á combatir la libertad de la enseñanza, con el fin de alejar de las escuelas al Clero y á las Comunidades religiosas lo cual se opone á la Constitución de la República Argentina. La República está obligada por su Constitución á defender la Religión católica, y por lo tanto, no puede aprobar la existencia de su mayor enemigo; la secta masónica. La masonería concede á sus miembros la libertad é independencia política; pero al mismo tiempo les obliga á votar por los candidatos que pertenecen á la asociación masónica. La masonería forma Estado dentro del Estado, un imperio en el Imperio.»

**Peregrinación á las fiestas constantinianas de Roma y al Congreso Eucarístico de Malta.**—Organizada por la junta permanente de peregrinaciones á Tierra Santa y Roma.—Tercera circular.

Aunque el deseo de la Junta organizadora fué siempre dejar la vista de Roma, como acostumbra á hacerla en todas sus peregrinaciones, para el final del viaje, al volver de Malta, viose precisada á anteponer la visita de Roma, ante el anuncio de que las principales fiestas Constantinianas tendrían lugar en la Ciudad Eterna en la semana del 14 al 20 de Abril. Por eso, propusimos visitar Roma y después Malta, embarcando en Barcelona hacia el 11 de Abril para regresar hacia el 30 del mismo mes.

Pero afortunadamente para nuestros deseos, se han retardado esas proyectadas solemnidades de Roma hasta la semana siguiente al Congreso Eucarístico de Malta, con lo que visitaremos primero Malta y después Roma, retrasando por este motivo diez días la salida de la Peregrinación, y siendo 20 días la duración total del viaje, como en las dos anteriores circulares se había declarado.

El embarque en Barcelona por consiguiente, tendrá lugar



el 21 de Abril para permanecer en Malta los días 24, 25, 26 y 27 que son los cuatro días que durarán las solemnidades del Congreso Eucarístico, llegando de regreso á Roma el 29 para presenciar el solemne Tríduo que tendrá lugar y la inauguración de la grandiosa Cruz de Monte Cavo, saliendo el 8 de Mayo, á fin de desembarcar en Barcelona el 10.

Entre las singu'arísimas gracias concedidas expresamente á esta Peregrinación, figuran como principales las siguientes:

*a)* Indulgencia Plenaria para los peregrinos y para los que por su cuenta envíen alguno á la Peregrinación, en el día de la salida y en cualquiera otra fiesta, durante la Peregrinación.

*b)* Durante la travesía podrán ganarse también las indulgencias del Vía Crucis.

*c)* Todos los señores Sacerdotes podrán celebrar á bordo y en tierra, el Santo Sacrificio de la Misa en numerosos altares portátiles que se colocarán convenientemente en las capillas de los buques, y oír en confesión á los peregrinos.

*d)* Dispensa de la ley del ayuno y abstinencia durante toda la Peregrinación oyendo misa ó rezando una tercera parte del Rosario.

El éxito extraordinario que obtendrá esta Peregrinación, ha venido á realzarlo el hecho de que varios grupos ó Peregrinaciones regionales organizadas por Juntas diocesanas, han solicitado su incorporación á la que esta Junta permanente organiza.—Los de Andalucía y Galicia con numerosos peregrinos se han unido ya, así como también desean unirse Tortosa, Castellón, Calahorra y otras.







# BIBLIOGRAFÍA

---

**La Propaganda del Reinado del Sagrado Corazón** por el Dr. D. Federico Santamaría, Secretario de la Liga Nacional de Defensa del Clero.—Volumen de 110 páginas.

Una peseta en las Librerías y en casa del autor, plaza de las Peñuelas, 20.—Madrid.

Esta obra, anunciada en el prólogo del *Apostol social de Chamberí*, acaba de salir á luz.

Todo el que haya ojeado *Los Diálogos* ó cualquiera de las obras del Sr. Santamaría, sabe que lo que pudiéramos llamar su *manía* es la devoción al Sagrado Corazón. Y en cuanto á *propagandista*, desde hace dos años que publicó su primera obra, casi cada dos meses nos anuncia una nueva toda la prensa de España. Y son ya tres sus obras traducidas á idiomas extranjeros. Con esto está dicho si merecerá leerse *La Propaganda del Reinado del Sagrado Corazón*.

Empieza con la imagen del Sagrado Corazón que tenía en su confesonario el modelo de sacerdotes D. José María Roquero, muerto en olor de santidad.

Allí hay palmetazos, dados con suavidad apostólica, para todo el que ó la que no es *propagandista*.

Allí hay lecciones de propaganda para todas clases sociales. Los jóvenes, los artistas, los obreros, los patronos, los ricos, los párracos, los políticos, los religiosos, las religiosas, los periodistas, etc., etc., tienen allí un capítulo para ellos solos.

Hay que leer el capítulo de *Los Maestros*.

En resumen: ¿Es usted propagandista? Tendrá usted gran placer leyendo este libro. ¿No es usted propagandista? Usted se hará si lo lee.

Si los buenos cumplimos los deseos de este libro, el *reinado social de Jesucristo*, será pronto en España un hecho intenso.

---

SALAMANCA.—Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.